

### III. Las dimensiones de la cultura política

Con el avance de las investigaciones sobre la cultura política en las últimas décadas hemos conseguido un conjunto de conceptos inscritos en las más diversas aproximaciones, desde las corrientes intelectuales de la Ilustración, pasando por las corrientes sociológicas europeas, siguiendo con la psicología social, hasta los aportes más recientes de la psicoantropología. Para los propósitos de este trabajo, es preciso sugerir algunas modificaciones a la ya tradicional conceptualización, sugeridas por las diferentes corrientes de análisis, de manera que fuesen consideradas distintas a las definiciones tratadas en las dimensiones clásicas como cognitiva, afectiva y evaluativa. El concepto de cultura política dispone en su interior de un conjunto de magnitudes que ayudan a definir un fenómeno ligado a los cambios de dirección intelectual y cultural de la sociedad y la actuación de actores que surgen dentro de estos cambios. Este concepto posee un conjunto de potencialidades capaz de introducir herramientas de análisis en la medida en que surgen otros fenómenos producto de los cambios de época. La forma como la cultura política asume su propia individualidad, dentro de la diversidad que la ayuda a diferenciarse y a ser tan singular, es lo que permite ser herramienta de estrategia para la comparación. A continuación, veremos una alternativa para abordar el concepto de cultura política a partir de una concepción morfológica de la cultura:

- a.- Los actores (partidos, movimientos sociales, sindicatos) que asumen la representación y la traducción de los valores e intereses

que ellos tratan de representar en su propia práctica.

- b.- La posición estratégica que ocupan los actores y las instituciones que producen y reproducen cultura: escuela, universidad, Iglesias, partidos políticos, medios de comunicación. Estos actores ocupan el lugar en el cual la cultura política se inscribe como super estructura y asume una existencia material en la medida que esto influye y moldea el comportamiento y proporciona estrategias de acción. Se trata de aparatos de reproducción de cultura.
- c.- Las acciones políticas y sociales que acompañan a las instituciones en las cuales los actores individuales y colectivos que se reconocen e identifican y asumen sus herramientas para construir sus estrategias de participación política.
- d.- La forma como se asume el campo cultural y político, con sus respectivos subsistemas, está llena de sus propias contradicciones, en la medida en que cada subsistema y grupos que los componen luchan por la dominación-dirección hegemónica, es decir por el control de los aparatos hegemónicos culturales.

Partiendo de la adaptación de A. Giddens, proponemos cuatro dimensiones para abordar el concepto de cultura política, a saber: Volumen, grado, rigidez y composición.

#### *a. Volumen*

Se refiere al número de individuos o grupos de individuos que comparten más o menos una cierta cantidad de valores, creencias, símbolos, normas en torno al sistema político, están de acuerdo en lo básico o difieren en lo fundamental, es decir, la densidad subjetiva cultural. Para Luis Leñero, “los estudios de la cultura como unidad global y homogénea hacen referencia a los valores, creencias básicas, lengua, patrimonio histórico común, sentido solidario de unidad y destino, y otros elementos. La cultura nacional resulta así el fundamento y legitimación de una nación y de la llamada patria que los estados modernos tienden a utilizar como factor clave, aglutinador de su unidad sociopolítica”<sup>163</sup>. Esta primera dimensión define el

---

<sup>163</sup> Luis Leñero, p. 35.

conjunto cultural, el cual está “relacionado con un sistema de creencias y con un código de relaciones personales que caracterizan a una sociedad en un momento dado y que -como afirman los antropólogos- evolucionan muy lentamente o cambian con dificultad”<sup>164</sup>, producto de la historia, organización constitucional, nación estructura, roles políticos, procesos de decisión.

De esta manera, la cultura hace pues, lo contrario de lo que ha atribuido la teoría tradicional, crea las condiciones para pelearse para generar contradicciones y para producir inconmensurabilidad. Esta es la paradoja, “la cultura asocia y disocia al mismo tiempo”<sup>165</sup>. Igualmente, como lo ha señalado David Laitin, “las culturas mantienen efectivamente algunos valores compartidos. Pero un enfoque general sobre los puntos de preocupación más que sobre los valores compartidos proporciona una apreciación más rica de por qué la acción política difiere entre culturas”<sup>166</sup>.

Salvador Giner, plantea que la cultura y sus sistemas de creencias están integrados para poder subsistir la sociedad, cuando afirma: “toda cultura puede estudiarse como un sistema o universo relativamente coherente. En efecto, por muchos antagonismos que en su seno encontremos, sus partes deben estar integradas entre sí con un mínimo de interdependencia para que la cultura subsista”<sup>167</sup>.

#### *b. Grado*

Es la intensidad o la manera en que los valores, creencias, mitos, sentimientos y normas, están incorporados en las representaciones y conciencia colectiva, que se manifiesta en tolerancia e intolerancia política. Es necesario entender la conducta y “hacerlo con cierto rigor, porque es en el influir de la conducta -o, más precisamente de la acción social- donde las formas culturales encuentran articulación”<sup>168</sup>, ya que, “gracias a la mediación de las culturas en sus percepciones, las

<sup>164</sup> Jean Pierre Cot y Jean Pierre Mounier, p. 252

<sup>165</sup> Klaus Eder, p. 107.

<sup>166</sup> David Laitin, 1996/1997, p. 201.

<sup>167</sup> Salvador Giner, 1996, p. 80

<sup>168</sup> Clifford Geertz, p. 30.

personas pueden agarrarse a cualquier asidero social para elegir sus preferencias. Las culturas no son ideas incorpóreas; no son meramente cognitivas. La actividad mental tiene un propósito: la justificación de las prácticas sociales deseadas”<sup>169</sup>.

De aquí que las “modalidades de la acción política hacen aparecer la noción de cooperación política, mediación de los partidos políticos para influir sobre la acción legislativa, acciones colectivas no formalizadas (amigos, colegas). Estos caracterizan a las culturas nacionales (sentimientos de cooperación política, acciones aisladas)”<sup>170</sup>.

Cuando la cultura política está enmarcada dentro de principios de cooperación, la intensidad de relaciones está marcada a su vez dentro de las reglas de juego operativas de la sociedad. Cuando no es de cooperación, la intensidad de cooperación política es menor, es lo que se refleja en la sustitución de reglas de juego, por acciones de violencia pendulares, que pasan desde la acción discursiva a la conciencia práctica de aniquilamiento. Por ejemplo, podemos tener que los valores históricos afectivos determinan los grados de conciencia colectiva que a su vez establecen las estrategias de acción política de los actores. En Colombia en los años cuarenta “la persistencia de las mutuas acusaciones, al margen de la experiencia histórica, tienen su explicación en una cultura política que define a la filiación partidaria, no por las propuestas y realizaciones de partidos y gobiernos, sino por los símbolos y sentimientos ancestrales que las colectividades políticas se empeñan en evocar como título de su propia legitimidad. «Encontramos» dos subculturas opuestas, una tradicional y otra modernizante, los partidos encarnarían una misma cultura tradicional, con una fuerte carga religiosa, basada en la exclusión y aniquilamiento discursivo del otro”<sup>171</sup>. Asimismo, unos años después esto ha persistido, lo que deja entrever que la forma que asume esta práctica política está inmersa dentro de un contexto cultural, puesto que, en el caso colombiano, durante el Frente Nacional en 1958, el “bipartidismo califica a comunistas y socialistas de ateos y totalitarios al servicio de Cuba y la Unión Soviética; mientras éstos tachan a los respectivos

---

<sup>169</sup> Aaron Wildavsky, 1996/1997, p. 176-178

<sup>170</sup> Jean P. Cot y Jean P. Mounier, p. 258.

<sup>171</sup> Carlos Mario Perea, 1996, p. 11.

gobiernos de capitalistas, explotadores y proimperialistas. Ningún incentivo mejor para la acción fanática que las aparentes certezas morales que dividen el mundo en buenos y malos, ejerciendo así por anticipado una violencia verbal que antecede y prepara el camino para la violencia física”<sup>172</sup>. Sin embargo, frente a una polarización radicalizada como la que intentamos ejemplificar, tenemos también sociedades polarizadas altamente competitivas que devienen en disenso, pero con apego y respeto a las reglas de juego.

### c. Rigidez

La rigidez nos indica el nivel de definición de la cultura política, pues las culturas son estructuras de creencias y símbolos interpretativos de la realidad que están conectados dinámicamente para tratar de dar respuestas al medio ambiente sociopolítico y a las innovaciones y tensiones.

Este grado de rigidez nos lleva a plantearnos dos formas que asume la cultura en su dinamismo. Según Salvador Giner:

- *Cuanto más rígida es una cultura más incapaz es de asimilar a enfrentarse con la mudanza de su entorno, menos posibilidades tendrá de supervivencia fuera de aislamiento.*
- *Cuanto más ágil - a menudo con un aspecto exterior más vulnerable - tiene grandes posibilidades de durabilidad, aunque también pierde fácilmente algunas de sus características*<sup>173</sup>.

A manera de ejemplo, Salvador Giner nos dice como en los mundos antiguos, especialmente en la cultura helénica se desarrollaron dos subculturas: “Esparta (rígida, disciplinado, intransigente) y Atenas (ágil, inquieta, abierta, democrática). La última ha perdurado en cierta manera hasta nuestros días, al sobrevivir a la propia ciudad que la creó. Es la cultura de la democracia contemporánea, respetuosa con la diversidad de opiniones y con el derecho del individuo o de los grupos a ser diferentes”<sup>174</sup>.

---

<sup>172</sup> Ibid.

<sup>173</sup> Salvador Giner, p. 80-81.

<sup>174</sup> Ibid., p. 81.

Al establecer la pertinencia sobre la herencia de la tradición y la cosmovisión que tenemos ahora del mundo político como herencia del mundo griego, específicamente de la “Grecia Clásica y Jónica y democrática no nos refugiamos en la retórica; sencillamente sin la supervivencia a través del tiempo de la tradición intelectual democrática y su plasmación en el orden político moderno tras las revoluciones americana y francesa a finales del siglo XVIII no se explicaría nuestro universo cultural de hoy”<sup>175</sup>.

En todo sistema político existe una competencia política subjetiva que se define “como la percepción que tiene el actor de sus posibilidades de acción política”<sup>176</sup>. Estas posibilidades de acción política, están definidas por las creencias que le proporciona la cultura política a los individuos y grupos de individuos, pues las bases sociales y los niveles interactivos entre los diferentes sectores sociales marcan los grados de cooperación o negación social y política respecto a los valores sociales generales que comparten: confianza, generosidad, estima, cinismo, avaricia, egoísmo, desconfianza, tolerancia, intolerancia<sup>177</sup>.

Y de esta manera, “las relaciones establecidas en el marco de los grupos primarios son utilizables políticamente, puesto que el sistema político está penetrado por los valores sociales. Esta interacción entre política y sociedad lleva a subordinar los valores políticos a los valores sociales generales. Y por un efecto de retroacción, la adhesión común a los valores sociales generales modera «o intensifica» los antagonismos políticos y las relaciones entre los partidos”<sup>178</sup>. El papel de los actores políticos es muy importante, en la medida en que éstos se convierten en agencia de traducción política de muchos valores culturales y sociales que por sí solos no tendrían un significado político. Los valores culturales, las interacciones sociales y los sentidos de pertenencia, que desarrollen los individuos o grupos de individuos, se convierten en el índice que marca los grados de predisposición política de los actores con respecto al sistema político y los niveles de convivencia al interior de un determinado sistema de acción histórica.

---

<sup>175</sup> Ibid.

<sup>176</sup> J. P. Cot y J.P. Mounier, p. 257

<sup>177</sup> Cf. P. Ibid. 261.

<sup>178</sup> Ibid., p. 262

Por otro lado, Jean P. Cot y Jean P. Mounier han observado que: “las luchas políticas no están atenuadas por las reglas generales de sociabilidad. Así, puede pasarse de la apatía a la exacerbación de los conflictos políticos sin que intervenga la situación social en su conjunto”<sup>179</sup>.

De acuerdo con la cooperación y no-cooperación entre las reglas y normas que sustentan las apreciaciones, de los individuos y grupos de individuos, sobre el valor del régimen y los gobernantes, Jacques Lagroye expone tres tipos de culturas:

- Una cultura que privilegia el apoyo al régimen y los gobernantes, considerándolos capaces de asegurar la negociación entre grupos o porque garantizan de manera autoritaria el orden social perturbado por conflictos aparentemente insalvables.
- Una cultura favorable a las reformas pro régimen, pero cuando éste y los gobernados no satisfacen plenamente sus aspiraciones, pero se considera posible un acuerdo entre grupos.
- Una cultura que conduce a enfrentamientos revolucionarios cuando considera imposible un acuerdo sobre la transformación progresiva de su régimen desacreditado<sup>180</sup>.

La cultura política, muestra grados de cooperación y aversión a ciertos acontecimientos, tanto internamente como a aquellas nuevas ideas y creencias que empujan desde fuera. En este sentido Ann Swidler, afirma que “a medida que ciertos recursos culturales se hacen más centrales en una vida determinada y se reviste más plenamente de significado, fijan las estrategias de acción que la gente ha desarrollado. Se puede observar esta influencia cultural en el retraso cultural. La gente no aprovecha inmediatamente las nuevas oportunidades estructurales que requerían abandonar los modos de vida establecidos. Esto no sucede porque se aferren a los valores culturales, sino porque se resisten a abandonar aquellas estrategias de acción familiares para los que tienen el equipamiento cultural necesario”<sup>181</sup>.

---

<sup>179</sup> Ibid.

<sup>180</sup> Jacques Lagroye, p. 371.

<sup>181</sup> Ann Swidler, p. 148-149.

Podemos conseguir grupos de individuos que se resisten a los cambios, frente a otros grupos que aceptan y propulsan el cambio en algunas culturas políticas que comienzan a ser trastocadas por profundas crisis que les plantean innovaciones en cuanto a la forma de hacer política. Así, en América latina, “los neopopulistas y neoliberales coinciden en la relación antagónica que mantienen con muchos grupos organizados de las limitadas clases trabajadoras, media y empresarial, principales beneficiarios del modelo de industrialización por sustitución de importaciones y del populismo clásico. La considerable autonomía alcanzada por los sectores tradicionales los hace menos permeables a los llamamientos y promesas de los líderes personales; desconfían generalmente de los neopopulistas, apoyándolos sólo en su afán rentista, acusándolos de distorsionar el mercado al imponer limitaciones a la libre competencia, al tiempo que disfrutaban de privilegios ilegales conseguido gracias a sus conexiones con el Estado. Estos sectores son, a su vez, quienes ofrecen mayor existencia a las reformas neoliberales”<sup>182</sup>.

#### *d. Composición*

La composición de la cultura política consiste en el conjunto de culturas políticas o subculturas que conforman el sistema aquellos que estén compuestas por substratos, familias políticas, que a pesar de que se encuentren dentro de una cultura política general o prédica de nación que, a su interior se estructuran sobre la base de proyectos de vida políticamente significativos, tanto de los individuos como de los grupos organizados de individuos sobre los objetivos, destinos y formas de vida que desean. Es preciso insistir que, “ cuando hablamos de cultura política nos estamos refiriendo a un fenómeno de naturaleza colectiva, es una propiedad que se predica de naciones, grupos sociales dentro de las mismas o de colectividades definidas por una serie de rasgos socioestructurales y que constituye el resultado de las interacciones sociales que se producen en su seno”<sup>183</sup>. A partir de lo

---

<sup>182</sup> Kurt Weyland, 1996, p. 20.

<sup>183</sup> Jorge Benedicto, 1995, p. 249.



anterior, podemos admitir -según Luis Leñero- que la “cultura unitaria nacional” está conformada por un conjunto de culturas divergentes que se distribuyen en diversos sectores de la población en forma de subculturas, que se presentan en conflictiva interacción intersubcultural, tales como: “subculturas étnicas y regionales; subculturas de clase social; subculturas de género masculino y femenino; subculturas generacionales; cultura popular vernácula frente cultura de elite; culturas derivadas de los ámbitos y ejercicios ocupacionales diversos; subcultura de sectores parciales de la población (religión, sistemas de partidos e ideológicos); culturas urbana y rural en sus diferentes gamas”<sup>184</sup>.

De esta manera, como lo han advertido J.P. Cot y J.P. Mounier, no debemos confundir la cultura nacional con “una totalidad indivisible que se proyecta en los diferentes subsistemas (políticos, religiosos, escolares) y que permite explicar sus características”<sup>185</sup>. Para estos autores es necesario tener clara las diferentes relaciones que se imbrican entre cultura política y las clases sociales, la dinámica de percepciones que tienen las diferentes clases sociales sobre la cultura y la función social que cumple esta diferenciación. De manera tal, que podamos buscar el contenido de la cultura política de cada grupo social o clase social<sup>186</sup>. Esta diferenciación entre los grupos de alguna estructura social y sus respectivos contenidos culturales, también los encontramos entre la élite, que está enmarcada dentro de una cultura política de participación y otros sectores de la sociedad que están ligados a una cultura política parroquial o viceversa<sup>187</sup>.

De aquí que la cultura política “se aborde -en la sugerencia de Clifford Geertz- del modo más efectivo, entendida como puro sistema simbólico aislando sus elementos, especificando las relaciones internas que guardan entre estos elementos y luego caracterizando todo el sistema de alguna manera general, de conformidad con los símbolos centrales alrededor de los cuales se organizó la cultura, con las

---

<sup>184</sup> Luis Leñero, p. 35-36-37-38.

<sup>185</sup> Jean Pierre Cot y Jean Pierre Mounier, p. 268

<sup>186</sup> Cf. Ibid., p. 269

<sup>187</sup> Cf. Ibid, p. 254-269.

estructuras subyacentes de que ella es una expresión, o con los principios ideológicos en que ella se funda”<sup>188</sup>.

Estas estructuras subyacentes y sus conflictos han sido detectados por Aaron Wildawsky de la siguiente manera: “la teoría de la cultura se distingue por su teorema de necesidad: el conflicto entre culturas «y subculturas» es una precondition de la identidad cultural. Son las diferencias y las distancias con respecto a otros lo que define nuestra propia identidad cultural lo que define la diversidad”<sup>189</sup>.

Asimismo Lagroye, coincide con Aaron Wildawsky, al afirmar que “la cultura propia de cada grupo social, que condiciona en parte las conductas, actitudes y creencias de sus miembros, es producto del modo de vida, las relaciones entre individuos y entre grupos, las claves de interpretación de los hechos sociales, tanto se adquieran esos modos de representación por transmisión familiar como por obra de las organizaciones que encuadran a los individuos colocados en situaciones análogas”<sup>190</sup>.

Lagroye pone como ejemplo la cultura política obrera, así “que en ciertas comunidades restringidas, afectadas por problemas de particulares (empleo, vivienda, etc.) y consolidadas por formas de sociabilidad propias; la traducción política de esta cultura (adhesión al Partido Comunista o, en ciertos casos, al socialista; la hostilidad hacia los burgueses, los ricos, los poseedores; la valoración de las conductas colectivas y la solidaridad de clase) toma la forma de creencias específicas y actitudes propias del grupo en cuestión. Si bien es cierto que tiende a aislar a los individuos que se asimilan y se identifican con ella, no por eso está menos expuesta a la influencia de la cultura nacional, e incluso a la de otras específicas: el repliegue sobre el grupo social restringido, sus valores y actitudes, el aislamiento cultural y a la conservación de las prácticas específicas jamás se realizan plenamente”<sup>191</sup>.

Continúa Lagroye diciendo que “sí es posible diferenciar las culturas de clase, sin descuidar las consecuencias de su interacción e

---

<sup>188</sup> Clifford Geertz, p. 29

<sup>189</sup> Aron Wildawsky, p. 171-172.

<sup>190</sup> Jacques Lagroye, p. 381.

<sup>191</sup> *Ibid.*, p. 381.

integración en una cultura nacional, también se pueden distinguir las culturas locales y regionales, conservadoras por la persistencia de relaciones sociales y particulares y por la permanencia de normas y creencias transmitidas por la familia o el entorno”<sup>192</sup>. Las mismas contraculturas son actividades que se reproducen a través de un “sistema de creencias y actitudes resultantes de condiciones de vida particulares”<sup>193</sup>.

Podemos decir desde el punto de vista de la dimensión de composición, que la cultura política es el conjunto de orientaciones significativas que definen las prácticas estandarizadas de acción socio política de los miembros (individuos, grupos, organizaciones) en un momento histórico determinado, que tiene su origen en legados sociales y políticos de estilos de vida particulares, producto de creencias e ideas, lenguajes que se traducen y mantienen mediante ritos, hábitos que cambian igualmente por innovación o adaptación. Así, para cada momento de acción histórica en América Latina encontramos las tres revoluciones que se ha planteado Alfredo Ramos Jiménez: la revolución oligárquica, la revolución nacional popular y la revolución democrática. Dentro de esta dinámica de acción histórica, estas tres revoluciones latinoamericanas nos ayudan a distinguir los diversos formaciones culturales a partir de “grandes contradicciones «renta/capital; capital/trabajo; tradición/modernidad; dependencia/autonomía» que han polarizado la producción de conflictos: dos de estas contradicciones hunden sus raíces en la estructura de producción socioeconómica y las dos restantes en la estructura sociocultural, en la cultura política. Las dos primeras, estarían determinadas por el proceso de integración de las economías nacionales en el desarrollo del capitalismo internacional. Las dos últimas representan las singulares recepciones o interiorización local de las concepciones ideológicas culturales prevalecientes en la cultura occidental”<sup>194</sup>.

En el caso de Chile, como lo han observado Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, aparecen formaciones culturales que refuerzan los planteamientos anteriores, “al revisar someramente la

<sup>192</sup> Ibid., p. 382.

<sup>193</sup> Ibid.

<sup>194</sup> Alfredo Ramos Jiménez, 1995, p. 106.

historia de Chile se advierte que las colectividades políticas representan diferentes clases sociales; sin embargo, también (y de manera muy importante) muestran diferencias ideológicas en lo que respecta a la cuestión religiosa y su relación con el Estado”<sup>195</sup>. Este estudio se basa en la escogencia de dos partidos políticos de centro, el Partido Radical y el Partido Demócratacristiano que se diferencian entre sí por que uno de ellos tiene un contenido radicalmente laico (principios masónicos el Partido Radical), y el otro ligado en su creación a la Iglesia Católica (el Partido Demócratacristiano). Este clivaje al interior de un grupo social marca diferencias culturales, tal como lo señalan estas autoras, “al interior de la estructura de redes horizontales perteneciente a una misma clase social se pueden distinguir redes diferenciales ideológicamente que se van conformando en partidos que desarrollan procesos de identificación cultural, y que exhiben un estilo de vida propio. Es lo que hemos llamado las subculturas partidarias. Resulta interesante hacer notar que estas colectividades mantienen ciertas fronteras culturales que, aunque las separan de otros conglomerados, siguen sustentando su carácter chileno”<sup>196</sup>. Por su parte José Joaquín Brunner, describe la cultura política chilena siguiendo los cambios al interior de los actores. Así, la cultura democrática inicialmente abordaba los problemas económicos, sociales y políticos sobre la base de una cultura política que aparentaba ser tolerante. Sin embargo, ésta se presentaba fuertemente polarizada y dividida, sus bases de acción extremista se desencadenaron a la llegada de Allende y la Unidad Popular al gobierno, producto de un conjunto de políticas destinadas a la distribución de la propiedad a favor de las clases populares, estas acciones fueron acompañadas igualmente por discursos revolucionarios que indicaban cambios radicales en la orientación de la sociedad y el Estado<sup>197</sup>. En este sentido, “la polarización latente de la cultura política chilena se expresó de ahí en adelante en una batalla campal, en todos los frentes, que terminaría por desquiciar la organización normal de

---

<sup>195</sup> Larissa Adler Lomnitz y Ana Melnick, 1998, p. 244-245.

<sup>196</sup> Ibid.

<sup>197</sup> Cf. José Joaquín Brunner, 1992, p. 399.

la economía, de la vida cotidiana de los individuos y que amenazaría con la trizadura de todo el andamiaje institucional, comprometiendo en dicha marejada a las fuerzas armadas, las iglesias, las universidades, los gremios profesionales y patronales, los sindicatos, las organizaciones vecinales y los medios de comunicación masivos”<sup>198</sup>.

Igualmente, en un importante trabajo sobre la cultura política en Colombia, Fabio López de la Roche recurre a una perspectiva histórico sociológica para señalar los elementos estructurales y conflictuales que ha formado la cultura política colombiana durante el siglo XX. Así, nos dice “partimos de reconocer que en Colombia tenemos una tradición de cultura política, o más exactamente varias tradiciones de cultura política”<sup>199</sup>. Estas diversas tradiciones de cultura política colombiana se mueven entre una violencia bipartidista entre liberales y conservadores, Estado, guerrilla, con una fuerte orientación democrática en la medida en que orienta los conflictos entre la tolerancia y las soluciones pacíficas, la influencia de la iglesia católica (cultura eclesiástica y la cultura bipartista 1958), la relación conflictiva entre Iglesia Católica y valores modernos<sup>200</sup>.

Estos ejemplos nos ayudan a comprender como el concepto de cultura política está enmarcado dentro de una concepción pluralista sólo en la medida en que ésta no se ciñe a una unidad concreta de análisis cultural tanto en el ámbito interno como externo de la sociedad, igualmente ésta se estructura en atributos, esto es lo que la hace original y diversificada.

A partir de estas dimensiones podemos diferenciar dos tipos de sociedades culturales:

- a.- La cultura en las sociedades premodernas que tiende a rutinizar sus prácticas de acción, los símbolos, los mitos y las creencias que están estrechamente vinculadas. La tradición es fuerte y mecánica.
- b.- En la cultura las sociedades postradicionales la rutinización comienza a desaparecer, a no ser que esté orientada por procesos de reflexividad institucional que deja de ser rígida cobrando mayor

---

<sup>198</sup> Ibid.

<sup>199</sup> Fabio López de la Roche, 1993, p. 46

<sup>200</sup> Cf. Ibid

importancia el individuo en la medida en que éste estructura sus biografías que organiza su seguridad ontológica<sup>201</sup>

El Estado construye así sus propios aparatos de cultura las cuales articulan contradictoriamente un momento de acción histórica. Esta centralidad de la cultura al interior del Estado nos dirige no a una simple cuestión de hegemonía (dirección cultural) sino que se dirige a establecer un hecho histórico, puesto que ayuda a dar cuenta de las sociedades precedentes, en la medida en que nos define los aparatos que producen cultura dentro de un momento histórico determinado.

---

<sup>201</sup> Anthony Giddens, 1997, p. P.94